

IMPERIALISMO Y TERRORISMO: REGRESO AL ESTADO DE NATURALEZA

Pensamientos en presencia del miedo*

La meta y el resultado de la guerra no es necesariamente la paz sino la victoria, y ninguna victoria ganada por la violencia justifica, necesariamente, la violencia que la ganó y que nos lleva a más violencia. Si es que somos serios cuando hablamos de innovación, debemos llegar a la conclusión de que necesitamos algo nuevo que reemplace nuestra perpetua «guerra para terminar la guerra».

.....
Wendell Berry

Escritor norteamericano

(*) Artículo publicado originalmente en el periódico *Catholic Worker*, vol. XXI, 7, diciembre de 2001, Houston, Texas (Estados Unidos). Traducido por *Acontecimiento*.

I. Pronto llegará el tiempo en el que no podremos recordar los horrores del 11 de septiembre sin recordar también el incuestionable optimismo económico y tecnológico que terminó ese día.

II. Este optimismo descansaba sobre la proposición de que estábamos viviendo en un «nuevo orden mundial» y en una «nueva economía» que crecería más y más, trayendo una prosperidad en la que cada nuevo incremento sería «sin precedentes».

III. Los políticos gobernantes, los directivos de las corporaciones y los inversionistas que creían en esta proposición no reconocían que la prosperidad se limitaba a un minúsculo porcentaje de pueblos del mundo, y a un número de personas cada vez más pequeño aún en los Estados Unidos; que todo esto se funda en el trabajo oprimido de gente pobre de todo el mundo; y que sus costes ecológicos amenazan de forma creciente toda la vida, incluyendo las vidas de los supuestamente prósperos.

IV. Las naciones «desarrolladas» le habían dado al «mercado libre» el estatuto de un dios, y le habían estado sacrificando a sus agricultores, sus tierras de cultivo, sus comunidades, sus bosques, sus pantanos, sus praderas, sus sistemas ecológicos y sus cuencas hidrográficas. Habían aceptado la contaminación universal y el calentamiento global como los costes normales de hacer negocios.

V. Ha habido, como consecuencia, un creciente esfuerzo mundial en favor de la descentralización económica, justicia económica y responsabilidad ecológica. Debemos reconocer que los hechos del 11 de septiembre hacen este esfuerzo más necesario que nunca. Nosotros los ciudadanos de los países industrializados debemos continuar la labor de autocrítica y de autocorrección. Debemos reconocer nuestros errores.

VI. La doctrina suprema de la euforia económica y tecnológica de las décadas recientes ha sido que todo depende de la innovación. Se entendía como deseable, y aun necesario, que debíamos avanzar indefinidamente de una innovación tecnológica a otra, lo que haría a la economía «crecer» y hacerlo todo cada vez mejor. Por supuesto, esto implicaba en todo momento un odio al pasado y a todas las cosas heredadas y gratuitas. Todas las

IMPERIALISMO Y TERRORISMO: REGRESO AL ESTADO DE NATURALEZA

cosas se remplazaban por innovaciones en el curso de nuestro progreso, cualquiera que hubiera sido su valor eran descartadas como si no tuviesen ningún valor en absoluto.

VII. No hemos anticipado nada igual a lo que ha ocurrido ahora. No hemos previsto que toda nuestra secuencia de innovaciones fuera derogada por una mayor: la invención de un nuevo tipo de guerra que volvería contra nosotros mismos todas las invenciones anteriores, descubriendo y explotando las debilidades y peligros que habíamos ignorado. Nunca hemos considerado la posibilidad de que pudiéramos ser atrapados en una red de comunicaciones y transportes que, se suponía, nos hacía libres.

VIII. Ni tampoco previmos que los armamentos y la ciencia guerrera que hemos estado mercadeando y enseñando en todo el mundo estarían disponibles, no sólo para gobiernos nacionales reconocidos que poseen el extraño poder de legitimar violencia a gran escala, sino también para las «naciones pillas», disidentes y para los individuos y grupos fanáticos, cuya violencia, aunque nunca peor que la de las naciones, se juzga ilegítima por ellas.

IX. Habíamos aceptado la creencia, sin crítica, de que la tecnología solamente puede ser buena, que no puede servir al mal tanto como al bien; que no puede servir a nuestros enemigos tanto como a nosotros mismos; que no puede ser utilizada para destruir lo que es bueno, incluidas nuestra patria y nuestras vidas.

X. También habíamos aceptado la creencia en el corolario de que una economía (sea una economía monetaria o un sistema de sustento vital) que es global en su amplitud, tecnológicamente compleja y centralizada es invulnerable al terrorismo, el sabotaje, o la guerra y que es protegible por la «defensa nacional».

XI. Ahora tenemos una clara e ineludible elección que estamos obligados a hacer. Podemos continuar promoviendo el sistema económico global de «libre comercio» ilimitado entre corporaciones, sostenidas por largas líneas de comunicación y suministro vulnerables, pero ahora reconociendo que tal sistema tendría que estar protegido por una inmensa y costosa fuerza policíaca en todo el mundo, sea mantenida por una nación o por varias o por todas, y que tal fuerza policíaca será efectiva precisamente por el grado de dominio que tenga sobre la libertad y la privacidad de los ciudadanos de cada nación.

XII. O, tal vez, podamos promover una economía mundial descentralizada que tendría la meta de asegurar a cada región y nación una autosuficiencia local en bienes indispensables para la vida. Esto no eliminaría el comercio internacional, pero tendería hacia un comercio de excedentes, una vez satisfechas las necesidades locales.

XIII. Uno de los más graves peligros para nosotros ahora, después de posibles ataques terroristas aún mayores contra nuestro pueblo, sería que tratásemos de continuar como antes con el programa corporativo de «comercio libre» global, cualquiera que sea el costo en libertad y derechos civiles, sin cuestionarnos a nosotros mismos, sin autocritica o debate público.

XIV. Es por esto por lo que la substitución de la retórica por el pensamiento, siempre una tentación durante una crisis nacional, debe ser evitada tanto por los dirigentes como por los ciudadanos. Es difícil, para ciudadanos corrientes, saber lo que está pasando realmente en Washington en una época de peligro tan grave, pues como todos sabemos, allí se debe estar elaborando un pensamiento serio y complejo. Pero la palabrería que estamos escuchando a los políticos, burócratas y comentaristas tiende, hasta ahora, a reducir los complejos problemas que nos acechan a asuntos de unidad, seguridad, normalidad, y represalia.

XV. La autojustificación nacional, como la personal, es un error, es un extravío y un signo de debilidad. Cualquier guerra que hagamos ahora contra el terrorismo será como un nuevo capítulo parcial de una historia de guerra en la que hemos participado totalmente. Nosotros no somos inocentes de hacer guerra contra poblaciones civiles. La doctrina moderna de tal clase de guerra fue establecida y ejecutada por el general William Tecumseh Sherman, durante la Guerra Civil, quien mantuvo que una población civil podría ser declarada culpable y sometida, con justicia, al castigo militar. Nunca hemos repudiado tal doctrina.

XVI. También es un error —como han indicado los hechos desde el 11 de septiembre— suponer que un gobierno pueda promover y participar en una economía global y, al mismo tiempo, actuar exclusivamente en interés propio, faltando a sus tratados internacionales y apartándose de la cooperación internacional en los asuntos morales.

XVII. Y seguramente, en nuestro país, bajo nuestra constitución, es un error fundamental suponer que cualquier crisis o emergencia pueda justificar cualquier tipo de opresión política. Desde el 11 de septiembre, demasiadas voces públicas han presumido «hablar por nosotros», al decir que los norteamericanos aceptarán de buena gana la reducción de la libertad a cambio de mayor «seguridad». Algunos tal vez lo harían. Pero otros aceptarían una reducción en seguridad (y en comercio global) con mucha mayor voluntad de lo que aceptarían una contracción de nuestros derechos constitucionales.

XVIII. En un tiempo como éste, cuando hemos sido seriamente y tan cruelmente heridos por quienes nos odian, y cuando debemos considerarnos gravemente

IMPERIALISMO Y TERRORISMO: REGRESO AL ESTADO DE NATURALEZA

amenazados por esa misma gente, es difícil hablar de paz y recordar que Cristo nos ordenó amar a nuestros enemigos, pero esto no es menos necesario por ser difícil.

XIX. Aun ahora nos atrevemos a no olvidar que desde el ataque a Pearl Harbor —con el cual el presente ataque ha sido a menudo y no útilmente comparado— nosotros, los humanos, hemos sufrido una casi ininterrumpida secuencia de guerras, ninguna de las cuales ha traído paz o nos ha hecho más pacíficos.

XX. La meta y el resultado de la guerra no es necesariamente la paz sino la victoria, y ninguna victoria ganada por la violencia justifica, necesariamente, la violencia que la ganó y que nos lleva a más violencia. Si es que somos serios cuando hablamos de innovación, debemos llegar a la conclusión de que necesitamos algo nuevo que reemplace nuestra perpetua «guerra para terminar la guerra».

XXI. Lo que nos lleva a la paz no es la violencia sino una actitud pacífica, que no es pasividad, sino un estado de alerta informado y práctico, y un activo estado de ser. Debemos reconocer que mientras hemos subsidiado extravagantemente los medios de la guerra, hemos dejado de lado casi totalmente los caminos de la paz. Tenemos, por ejemplo, varias academias militares nacionales pero ni una academia de la paz. Hemos ignorado las enseñanzas y los ejemplos de Cristo, Gandhi, Martin Luther King y otros líderes pacíficos. Y aquí tenemos el ineludible deber de denunciar también que la guerra produce utilidades, mientras que los medios de paz, sean baratos o no, no producen dinero.

XXII. La llave de la paz es su práctica continuada. Es erróneo suponer que podemos explotar y empobrecer a las naciones miserables, mientras las armamos y las instruimos en los más modernos medios de la guerra, para después esperar razonablemente que sean pacíficos.

XXIII. No debemos nunca más permitir que la emotividad pública o los medios públicos de comunicación caricaturicen a nuestros enemigos. Si nuestros enemigos de hoy son algunas naciones musulmanas, entonces deberíamos buscar la forma de conocer a estos enemigos. Nuestras escuelas deberían empezar a enseñar las historias, culturas, artes e idioma de las naciones islámicas. Y

nuestros líderes deberían tener la humildad y la sabiduría de preguntar las razones del por qué algunos de estos pueblos nos odian.

XXIV. Empezando con las economías de la alimentación y la agricultura, deberíamos promover domésticamente, y estimular en el extranjero, el ideal de la autosuficiencia local. Deberíamos reconocer que ésta es la más verdadera, la más segura y más barata forma de vivir del mundo. No deberíamos permitir la pérdida, o la destrucción de ninguna capacidad local de producir los bienes necesarios.

XXV. Deberíamos reconsiderar, renovar y extender nuestros esfuerzos para proteger los fundamentos naturales de la economía: tierra, agua y aire. Deberíamos proteger cada sistema ecológico intacto y cada cuenca de las que aún nos quedan e iniciar la restauración de aquellas que han sido dañadas.

XXVI. La complejidad de nuestro problema actual sugiere, como nunca antes, que necesitamos cambiar nuestro actual concepto de educación. La educación no es propiedad e industria, y su utilización apropiada no es la de servir a las industrias como entrenamiento para el trabajo, ni como investigación industrial subsidiada. Su uso apropiado es el de capacitar a los ciudadanos para vivir una vida que sea económica, política, social y culturalmente responsable. Esto no se puede lograr acumulando o «accediendo» a lo que ahora se llama «información», es decir, hechos sin contexto y, por tanto, sin prioridad. Una educación apropiada permite a la gente joven poner sus vidas en orden, lo que significa saber qué cosas son más importantes que otras; significa poner lo primero primero.

XXVII. Lo primero que debemos empezar enseñando a nuestros hijos (y aprender nosotros mismos) es que no podemos consumir ilimitadamente, tenemos que aprender a ahorrar y conservar. Necesitamos una «nueva economía» que esté fundada en la frugalidad y el cuidado, en ahorrar y conservar, no en el exceso y el desperdicio. Una economía basada en el desperdicio es inherentemente violenta y sin esperanza, y la guerra es su inevitable subproducto. Necesitamos una economía pacífica.